



por ricardo doménech

## "aventuras de pito y pico" y "pito va a la escuela", de concha fernández-luna

**H**ACE algún tiempo, en las páginas de esta revista, se entabló una polémica entre algunos de nuestros lectores a propósito de un tema apasionante: la literatura infantil en España. Una parte de esos lectores mantenían el criterio de que en España, hoy, no contamos con una saludable literatura infantil; o por mejor decir: que no existe prácticamente una literatura infantil, y si existe, en cambio, un repertorio extenso de distracciones deformadoras de la mentalidad de los niños, entre ellas los tebeos de todo tipo, las películas de guerra, etc., etc. Yo, modestamente, quisiera sumar mi criterio al de estos lectores y decir con ellos que es necesario, que es realmente urgente en nuestra sociedad, una literatura infantil que, al mismo tiempo que sea capaz de apasionar a los niños, despierte su imaginación y les ayude a formarse una visión correcta del mundo, y de las cosas. Es verdad que en el mercado editorial abundan las colecciones de libros infantiles, o cuando menos, que hay algunas colecciones de libros infantiles, pero, y por muy superficial que sea nuestra inspección en las obras que las componen, pronto caemos en la cuenta de que, salvo rarísimas excepciones, esa literatura infantil que hasta ahora se ha venido ofreciendo a los pequeños lectores es, además de insulsa y discutible en su función didáctica, enormemente aburrida, desprovista del encanto y la gracia que se precisan para atraer el interés del niño y, además de todo eso, para una nula calidad literaria. No extraña, pues, que el niño español lea poco —aparte de los libros de estudio y los monstruosos tebeos— y que esa ausencia de lecturas constituya un grave handicap en la formación de toda una generación de españoles. (A este respecto, remito al lector a una importante encuesta llevada a cabo por «Amigos de la Cultura y el Libro» en las escuelas barcelonesas, encuesta editada por dicha sociedad en un folleto y en la que podemos encontrar datos tan escalofriantes como éste: un 12 por ciento de los escolares comprendidos entre los siete, ocho y nueve años declararon que jamás habían leído un libro.)

Si esa es la situación actual, no es menos cierto también que entre algunos sectores literarios se ha despertado un saludable interés hacia la literatura infantil. Esta, considerada como un subgénero por los escritores medianeros (será necesario citar a don Ramón del Valle-Inclán y su estúpida pieza infantil «La cabeza del dragón»), ha de ser obra de escritores de primera fila y, muy probablemente, va a serlo. La nueva colección «Menta y Limón», a la que pertenecen los dos títulos de Concha Fernández-Luna, «Aventuras de Pito y Pico» y «Pito va a la escuela» (Ediciones Anaya, Madrid, 1952), nos anuncia la progresiva incorporación a este quehacer de los mejores narradores de esta hora. No sé si esta empresa llegará a buen término o no, pero se trata de un intento que merece la pena y el aplauso. Por lo que se refiere a estos dos títulos de Concha Fernández-Luna, he de decir, particularmente del primero, que entran dentro de una nueva y más rica visión de la literatura infantil. En efecto, ésta ha de ser, antes que otra cosa, un motivo de interés para el niño. Los episodios y aventuras de Pito y Pico llegan realmente a capturar la atención del lector. De otro lado, me parece evidente que el niño que haya leído y se haya apasionado en esos episodios y aventuras, recibe al mismo tiempo, de rechazo, sin él mismo darse cuenta, una espléndida lección de solidaridad humana y de amor entre los hombres. Es éste, de esta forma, el más eficaz camino didáctico de la literatura infantil. Concha Fernández-Luna ha sabido encontrarlo, y por eso todas las posibles objeciones de segundo orden que cabría hacer de estos dos libros importan ya poco. El objetivo fundamental ha sido alcanzado.

No quisiera terminar estas líneas sin insistir nuevamente —y es una insistencia dirigida a los hombres de letras— en la necesidad perentoria de que, entre todos, acerremos a crear esa nueva, esa necesaria literatura infantil, que ha de ser —¡qué druta cabe!— una valiosa semilla en la nueva y necesaria España de mañana.

## EN EL CAMINO DE LA SOÑOLENCIA

**L**A necesidad informativa nos lleva a recoger aquí, con retraso que no necesita disculpa, los estrenos habidos en las dos últimas semanas. Como si los anteriores de «Calígula» y «El pensamiento» nos hubieran dejado fatigados —y por razones opuestas—, las comedias nuevas, con música o sin ella, apenas lograron algo más que reforzar nuestra soñolencia. Opinión personal aparte, debemos consignar que dos de ellas —ya las citaremos— fueron recibidas con muchos aplausos y pueden considerarse como otros tantos éxitos.

Enrique Guitart, de la mano de Mercedes Alonso, nos ofreció, en el Cómico, una de tantas versiones innecesarias: la de una comedia titulada «Champagne complex», que desconocemos, naturalmente, en el original, y que no sabemos si posee tantas virtudes cómicas que justifique su presencia en los carteles neoyorquinos durante dos años, como reza la propaganda. La traducción española tiene poca gracia, que es, quizá, peor que carecer enteramente de ella. Comedia de tres personajes —prácticamente de dos, porque el tercero en discordia aparece fugazmente las más de las veces—, consiste en una sola situación alargada hasta lo inverosímil por el procedimiento de acumular incidentes de escasa entidad. Es una de esas comedias *sin secreto*, cuyo final se averigua nada más que con leer el reparto. Mercedes Alonso tiene un novio, y el novio tiene un tío —Enrique Guitart— tan listo, tan listo, en achaques de féminas, que no hay manera de evitar que se lleve el gato al agua. Pero, aunque no fuese tan diestro, ¿cómo iba a evitar el chapuzón de la muchacha, si ella lo está pidiendo a voces? Comedia monótona, se escuchó con paciencia. Lugar del suceso, el Cómico.

En el Eslava, Nati Mistral presentó la comedia musical de Juan Ignacio Luca de Tena «La Ferrichola», con música de Moraleda, decorados de Emilio Burgos y dirección de Escobar. Levantar el telón y sonar los aplausos fue todo uno, porque la magnificencia del escenario lo requería. Emilio Burgos acertó en trajes y decorados, y Escobar, como siempre, dirigió a los actores con pericia y exquisito gusto. La reiterada presencia de las mujeres en el teatro se debe, sin duda, a que Nati Mistral, además de su bellísima voz, de su garbo, de su talento de actriz y cantante, luce unos trajes seductores, unos trajes que, por llevarlos, la mayoría de las mujeres aceptarían volver al siglo XVIII o dedicarse al teatro.

Probablemente, Nati Mistral salva cualquier comedia. La de Luca de Tena puede considerarse como una adaptación y ampliación de «La carroza del Santo Sacramento», de Merimée. El procedimiento de Luca de Tena es justamente el contrario del gran escritor francés: donde éste concentra, aquél distiende, y, así, la comedia, incrementada la acción con ciertas intervenciones corales que convienen a su carácter musical, resulta un poco deslabazada. Con otra música estaría mejor. Y no es que sea mala la de Moraleda: es sencillamente descañonada. Salvo las seguidillas del primer cuadro, inspiradas y garbosas, lo demás suena a música de zarzuela. Si la comedia consiste en una combinación de elementos dieciochescos y folklóricos, creemos que eso debería ser también la música, para estar de acuerdo con el espíritu del libro. Pero la inspiración folklórica —salvo las citadas seguidillas— es escasa, y la dieciochesca, nula. [Y qué bien hubiera estado si se mezclase algo a lo Scarlatti y algo a lo carnavalito]

Finalmente, Alfonso Paso, en su propósito de conquistar todas las carteleras madrileñas, ha estrenado en el Infanta Beatriz una nueva comedia, que es la quinta actualmente en cartel. [Y se anuncian algunas más! Tendremos que repetirlo: cuando una programación fracasa, se echa mano de Paso, que siempre tiene algo que entregar. El trío Prendes-Marin-Baró, con algunas añadiduras, se hizo cargo de «Veraneando», que empieza siendo un sainete divertido, pero que pronto cambia de rumbo, con las intenciones de convertirse en comedia trascendente, que es lo que le gusta a Paso. Pero el cuadro en que tal trascendencia sucede es el más desafortunado de la obra, y está colocado precisamente en el momento en que empezamos a desinteresarnos por las desventuras de la familia veraneante, que han dejado ya de tener gracia y que ahora carecen de hondura. ¡Menuda escenita nos endilgó Paso con la complicidad del Pomite, que, según nos dicen en la comedia, es a los vientos algo así como la droga de la verdad! Pero muchas veces más vale ignorar lo que la gente lleva dentro, porque se lleva uno grandes desilusiones. Imagínense ustedes una chica monísima, de la que se han enamorado ya todos los espectadores —además del protagonista—, que, por obra del viento, se nos convierte en un monstruo de masoquismo. ¡Qué desilusión! Podrían al menos haber buscado una chica fea, que nos hubiera molestado menos.

Menos mal que el trío citado y los restantes intérpretes lo hicieron bien. Hubo bastantes aplausos, incluso para frases aisladas, y la noche acabó felizmente. La construcción de la comedia es de éstas que requieren un narrador para ligar unos cuadros a otros. Narró Amparo Baró.

GONZALO TORRENTE BALLESTER